

Compromiso y modernidad en la obra de Joaquín Costa Martínez (1846-1911)

JOSÉ D. DUEÑAS LORENTE¹

En este artículo se pretende incidir, de acuerdo con las interpretaciones de otros autores, en la idea de que la obra de Joaquín Costa fue postergada tempranamente por los círculos de la intelectualidad burguesa y liberal, básicamente porque la atención costiana a la realidad del mundo agrícola de su tiempo o la fidelidad al grupo social de origen —el pequeño campesinado— no encajaban con los objetivos políticos ni con los parámetros ideológicos del pensamiento dominante. En cambio, otros autores del momento (republicanos, anarquistas) vieron en la obra de Costa un camino de progreso y redención para sectores marginados por el poder en la sociedad de la Restauración. Con todo, si se entiende a Costa como un reformador social (tal y como han defendido Alfonso Ortí y Cristóbal Gómez Benito), comprometido intelectualmente con su grupo social de referencia, la obra costiana adquiere unidad y sentido en su conjunto.

This article intends to strengthen the idea pointed up by other authors that the work of Joaquín Costa was quickly discarded by the bourgeois and liberal intellectuals, basically because Costa's attention to the reality of the current agricultural world and the loyalty to the social group targeted —the small peasantry— did not fit within the political objectives nor with the ideological parameters of the dominant thought. On the other hand, other authors of that time (republicans, anarchists) saw in Costa's work a path of progress and redemption for a part of the society which had been marginalized by power during Restoration time. However, if Costa is understood as a social reformer (as defended by Alfonso Ortí and Cristóbal Gómez Benito), intellectually committed to his social group of reference, his work acquires consistency and meaning as a whole.

INTRODUCCIÓN

La conmemoración a lo largo de 2011 del centenario de la muerte de Joaquín Costa Martínez (Monzón, 1846 – Graus, 1911) ayudó, sin duda, a llamar la atención de nuevo sobre las múltiples aportaciones de Costa al debate intelectual de su tiempo, ya fuese en el campo de la educación, la agricultura, el derecho, la política, la geografía, etc. El centenario contribuyó a que la figura del montisonense fuera revisada en profundidad. Y hay que decir que la obra de

1 Universidad de Zaragoza. Centro de Estudios Costistas. IEA.

Costa salió reforzada del acontecimiento, sobre todo porque desde varias de las disciplinas mencionadas se hizo un apreciable esfuerzo por devolver las contribuciones del autor a su contexto, de manera que se pueda entender mejor lo que perdura o lo que ha sido arrastrado por el tiempo.

Pero con el centenario tampoco esta vez se llegó a un consenso amplio acerca del significado general del autor de Monzón. Lógicamente, los distintos estudios insisten en aspectos diferentes de su voluminosa producción. Sin embargo, no parece justificable que los empeños ya antiguos, y sin duda fundados, de algunos de los expertos más reconocidos en la producción costiana (Ortí, 1984, 1996, 2011; Gómez Benito y Ortí, 1992; Gil Novales, 2003; Gómez Benito, 2011a y b; Forcadell, 2011) por proporcionar un sentido coherente a la extensa creación intelectual del escritor queden en suspenso periódicamente. Y que, en consecuencia, se renueven cada cierto tiempo los debates acerca del fracaso o el éxito del mensaje costiano, de la coherencia o dispersión de su pensamiento, de la modernidad o caducidad irreparable de sus propuestas, etc., sin atender a un marco ideológico de referencia en que estas apreciaciones puedan ser cabalmente entendidas.

No pocos de los trabajos aparecidos en estos últimos años se han ocupado de la recepción de Costa por parte de los intelectuales de su tiempo y de las promociones posteriores, con conclusiones ciertamente variadas. Aquí nos interesa, sobre todo, constatar cómo el pensamiento de Costa resultó pronto disonante entre la inteligencia liberal española, y no tanto, en mi opinión, por lo que pudiera tener de decimonónico, que lo había y mucho, sino por lo que supuso de defensa de un grupo social escasamente considerado por la burguesía intelectual, el pequeño campesinado al que pertenecía el autor de Monzón.

La imagen de Costa

La publicación completa de las *Memorias* (2011) de Costa, en cuidada edición de Juan Carlos Ara, ha proporcionado una visión más matizada del personaje. No obstante, la idea que prevalece todavía de don Joaquín es la de un hombre que llegó a destiempo a casi todo. Sin duda, la muy meritoria biografía de George G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido* (1972, reeditada en 2011), ha sido determinante en el éxito de esta percepción: “A Joaquín Costa —escribía Cheyne— le quitaron la novia, la hija, las cátedras que mereció, los premios a que concursó, el puesto de académico de la Historia: ahora le quitarán el partido que quiso crear [la Unión Nacional]” (2011: 140).

Y todo ello es sin duda cierto, pero también es verdad que la concepción de Cheyne sobre el personaje se basó antes que nada en los diarios del joven Costa, es decir, en las anotaciones manuscritas que el profesor Ara Torralba ha publicado recientemente de manera completa, donde el autor transmite una y otra vez la idea de ir en todo momento a contracorriente, de ser pararrayos de la mala suerte. No obstante, estos escritos autobiográficos concluyen a principios de 1880, es decir, cuando Costa cuenta con 34 años recién cumplidos, poco más de la mitad de su vida. Y se olvida que los años restantes, hasta febrero de 1911 en que muere, fueron para don Joaquín particularmente intensos: a principios de 1883 nace su hija, Pilar Antígone,

más tarde Costa convivirá durante un tiempo con la madre y la niña, será profesor de la Institución Libre de Enseñanza, abogado del Estado, profesor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, ejercerá como notario en diversos lugares, incluido Madrid, fundará la Unión Nacional con Santiago Alba y Basilio Paraíso, será elegido diputado republicano por varias circunscripciones (Madrid, Zaragoza y Gerona), y, sobre todo, escribirá y publicará de manera incesante y alcanzará fama nacional como agitador intelectual, en especial tras la derrota de España con los Estados Unidos en 1898.

Es verdad que Costa no contaba con sentido práctico para dirigir su vida, de manera que, a modo de ejemplo, apenas ejerció como notario en Madrid, primero porque atendía escasamente los asuntos de la notaría para dedicarse a ahondar en sus propuestas reformistas, y más tarde (en 1904) porque decidió instalarse en Graus debido al imparable avance de su enfermedad. También renunció pronto al escaño de diputado para no secundar los amaños políticos que tantas veces había denunciado. Pero este mismo apartamiento de la vida pública reforzó su fama de hombre íntegro y marginado por la política oficial. Sí es cierto, y las *Memorias* lo ratifican sobradamente, que Costa tendía a proponerse metas elevadas, muchas veces dentro de unos parámetros tradicionales —contraer matrimonio, tener muchos hijos, seguir una brillante carrera universitaria, estar al frente de un ministerio, etc.— y que los desajustes entre la realidad y sus propósitos, frecuentes y de calado, provocaron en él abundante malestar, momentos de hondo desánimo y confesiones realmente desalentadoras sobre sus propios logros personales. Pero es que Costa, que quiso ser un ilustrado al modo del siglo XVIII en su faceta de reformador social, era un romántico cabal en cuanto a la concepción del individuo y de su propia vida. Y esta visión que cultivaba de sí mismo se proyectó también entre sus contemporáneos, sobre todo entre los sectores populares.

Rafael Pérez de la Dehesa distinguió muy acertadamente dos vertientes públicas de Costa, la que se desprende de su faceta de estudioso y la que se deriva de sus intervenciones públicas, cuando se siente decididamente impelido a participar en la vida política. Recordaba Pérez de la Dehesa (1992: 12), que “la crisis por la que se despeñó España en la última década del siglo, le obligó a reducir sus aspiraciones a un mínimo aceptable para la mayor parte del país. Es el Costa de la *despensa* y *escuela* el que pasó al dominio público, quedando ignorada toda su fecunda labor anterior y la audacia de su pensamiento colectivista”. De estas dos vertientes del personaje nacen, en efecto, dos vetas distintas en su pervivencia intelectual, dos formas de costismo, sin duda complementarias pero que a menudo han avanzado por derroteros diferentes:

- 1) Por una parte, una visión popular del personaje, muy citado pero poco leído; una idea de Costa basada en sus comparecencias públicas, en sus lemas y frases de urgencia (“*despensa* y *escuela*”, “el turno del pueblo”, “doble llave al sepulcro del Cid”, etc.), en su integridad frente al sistema viciado de la Restauración. Este costismo de carácter afectivo, que entiende a Costa como autoridad moral más que intelectual, surge antes de morir don Joaquín, en los primeros años del siglo XX, cuando milita en el Partido Republicano, protagoniza enardecidos mítines en contra del sistema de la Restauración y habla de la necesidad de provocar la revolución tanto desde arriba como desde abajo, harto de los sucesivos fracasos de sus intentos reformistas. Y apuntaba hace tiempo Alfonso Ortí (1984: 176) que el propio Costa favoreció la mitificación de su figura al identificar su situación personal —“pobre inválido” se llamaba a sí mismo— con la de un país en ruinas, sin

energía para afrontar el futuro; así, cuando en mayo de 1908 acude al Congreso de los Diputados para posicionarse en contra de la ley de Maura sobre terrorismo y llora públicamente en el transcurso de su intervención.

- 2) Por otro lado, cabe distinguir el costismo basado en la ingente tarea de investigación y estudio de don Joaquín Costa. Y, como se suele señalar, solo a partir de los primeros años sesenta del siglo xx, en que se conmemoran los cincuenta años de su muerte, se puede hablar de una aproximación académica y rigurosa a la obra costiana. Por entonces, las universidades españolas —todavía lastradas por el franquismo— cuentan con promociones más dedicadas a la investigación que al refrendo ideológico del régimen, además la interpretación de la obra puede desvincularse ya de la polémica figura pública del autor. En aquellos años sesenta surge la primera gran promoción de costistas universitarios: George G. Cheyne, Alfonso Ortí, Rafael Pérez de la Dehesa, Alberto Gil Novales, Eloy Fernández Clemente o, algo después, Cristóbal Gómez Benito, etc. Ellos han marcado en buena medida las pautas por las que han transcurrido los estudios costistas hasta nuestros días. Hay que pensar, en consecuencia, que durante mucho tiempo prevaleció el costismo de significación más afectiva que intelectual y que, en buena parte, todavía perdura en bastantes casos. Prueba de ello son aún los usos precipitados del nombre de Costa en defensa de muy variadas reivindicaciones colectivas. Tampoco se ha superado por completo una percepción sentimental del personaje, de modo que las simpatías o antipatías que despierta aún su figura se proyectan en ocasiones en el análisis de su obra.

COSTA EN EL ATENEO DE MADRID

Poco se ha de insistir a estas alturas en la relevancia de la *Información* de 1901 denominada *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno*, promovida por Costa en su calidad de presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid. Pérez de la Dehesa (1992: 11) calificó el estudio de “auténtico proceso de la Restauración [que] contribuyó de manera fundamental a modificar los términos en que planteaba el llamado «problema de España». A partir de entonces desapareció de la crítica política una buena parte del formalismo y el espíritu libresco que la había caracterizado”. Gil Novales (1982: 23) apuntó que si “la eficacia revolucionaria” de la obra fue escasa, sirvió “eminentemente para la creación de una conciencia nacional: en esto su mensaje ha sido fecundo, y no debe ser olvidado”. Valentí Camp (1922: 148) escribía apenas veinte años después de la encuesta que “[e]n otro país que no estuviera tan profundamente postrado como el nuestro, la información llevada a cabo por el Ateneo de Madrid, a iniciativa de Costa, hubiera sido, sin duda, la iniciación de un movimiento francamente regenerador; aquí solo tuvo eco entre algunos intelectuales y el grupo de amigos y admiradores que seguían con interés las nobles empresas del gran pensador de Graus”.

Con todo, parece oportuno detenerse, aunque sea brevemente, en revisar la herencia de Costa en el Ateneo de Madrid, como paradigma durante años de los principales círculos de la inteligencia liberal en España. Lo que acaecía en el Ateneo madrileño en el tiempo de Costa adquiriría enseguida mayor repercusión en el mundo intelectual que lo que pudiera acontecer en

cualquiera de las universidades españolas. En 1915, Miguel de Unamuno (1959: 183) así lo entendía: el Ateneo de Madrid es, decía, “la institución de cultura más famosa de España; más que cualquiera de sus universidades [...]. No hay seguramente en España una institución que haya influido más en la marcha de su cultura”.

Tras la famosa intervención de Costa en el Ateneo en 1901 y la publicación de la *Información* al año siguiente, el autor frecuentó la docta casa para estudiar en su biblioteca, sin apenas presencia pública en sus secciones. Y todo indica que en los años inmediatamente posteriores, el Ateneo hizo escaso eco del gran estudio de Costa. Sí cabe destacar que en 1906, en uno de los primeros números de la revista *Ateneo* en su nueva etapa, Rafael Salillas, conocido del escritor de Monzón desde los tiempos en que ambos estudiaban bachillerato en Huesca, firmaba un breve artículo titulado “Joaquín Costa”, donde básicamente se limitaba a reproducir y glosar el texto de los “Siete criterios de gobierno” de su amigo, con una breve y elogiosa introducción dirigida a destacar el sentido providencial y mesiánico de su figura.

Tanto la revista del Ateneo como las *Memorias* anuales que hemos podido consultar testimonian que la docta casa ignoró pronto la obra de Costa. La memoria correspondiente al curso 1911-1912, año de la muerte del escritor, venía firmada por Manuel Azaña (1913). Azaña ejerció como secretario primero del Ateneo entre 1913 y 1919, mientras presidía la entidad Rafael M.^a de Labra. También por entonces era nombrado presidente de la sección de Filosofía José Ortega y Gasset. En su *Memoria*, de muy cuidada exposición, Azaña redundaba en un planteamiento entonces muy extendido, la necesidad de la renovación generacional: “Está en ciernes el Ateneo del porvenir, y habéis de formarlo vosotros, los hombres nuevos, al mismo tiempo que rehacéis la fisonomía cultural de España” (Azaña, 1913: 4). Como el propio secretario advertía, en el curso 1911-1912 había crecido el número de socios, se consignaba el alza de los ingresos y se habían impartido cerca de trescientas conferencias, si bien, de acuerdo con nuestra revisión de los títulos, ninguna versaba sobre Joaquín Costa.

La siguiente *Memoria* conservada corresponde ya a 1921, y hace referencia, por lo tanto, al curso 1919-1920. El autor, Victoriano García Martí, nuevo secretario del Ateneo, señalaba que del periodo inmediatamente anterior solo conocía la *Memoria* de 1913. Parece, pues, que su predecesor en el cargo, Manuel Azaña, había elaborado la *Memoria* preceptiva correspondiente a su primer año como secretario, pero no las de los restantes. En el anexo de la *Memoria* de 1921 se aportaba una relación de unas 165 conferencias impartidas, ninguna sobre Costa. Sí se incluía, por ejemplo, un ciclo sobre Castelar y otra intervención dedicada a Mariano de Cavia, fallecido en 1920.

La *Memoria* correspondiente a 1922 se debe también a Victoriano García Martí, quien en este caso daba cuenta, entre otras actividades, de alrededor de 190 conferencias dictadas a lo largo del curso, ninguna referida a Costa o a su obra. De ellas podemos destacar varias dedicadas al feminismo y a la nueva función social de la mujer, otras consagradas al problema social de la tierra, al iberoamericanismo, a la situación de España en Marruecos, etc. En el terreno más propiamente literario se daba continuidad al ciclo dedicado a Castelar, también se hablaba de Galdós, fallecido en 1920, de Rubén Darío, que había muerto en 1916, del cubismo o el expresionismo, etc. También es reseñable la importante contribución de Unamuno en sesiones de debate o discusión.

Por su parte, Luis de Tapia, que sucedía al año siguiente a Victoriano García Martí en la Secretaría del Ateneo, comenzaba la *Memoria* correspondiente a 1923 con una referencia a la derrota de Annual, en julio de 1921, como un acontecimiento que había conmocionado la vida del país. En este caso se adjuntaba a la *Memoria* una relación de unas 230 conferencias, además de otros actos públicos como conciertos, debates, etc. Ninguno de los numerosos eventos se dedicaba expresamente a Joaquín Costa ni a su legado intelectual.

Entre las actividades de este curso 1921-1922 hay que destacar “El deber social de los intelectuales”, *Memoria* presentada por Sánchez Rivera; la conferencia “Castelar, periodista” a cargo de Francos Rodríguez, y los actos que menudean en torno al problema de Marruecos, entre los que se puede subrayar el debate titulado “Responsabilidades”, en el que participaron diversos ponentes como Unamuno, Barriobero, Eduardo Ortega y Gasset, etc. También se habló de nuevo de Galdós, hubo abundantes sesiones de lectura de poemas y Unamuno continuó muy activo en la vida ateneísta. Por su parte, Ángel Pestaña hablaba de “Sindicalismo y terrorismo durante los últimos años”, etc. Con todo, hay que concluir que el Ateneo atendía de manera decidida a los afanes de los nuevos tiempos, pero seguía olvidando a Joaquín Costa.

El propio García Martí (1948: 243-244) recordaba tiempo después que el “tema de España” en el periodo de entresiglos, con sus secuelas regeneracionistas y noventayochistas, “fue, más que tratado, aludido” en el Ateneo de Madrid: “era puramente —continuaba García Martí— una reacción de sensibilidad, sin ningún juicio sistemático”. También Villacorta Baños (1985: 158) señalaba que con la Información sobre *Oligarquía y caciquismo* culminaba “la curva ascendente de reflexión política ateneísta de los años adyacentes al Desastre. A partir de este momento el tema político quedará reducido prácticamente a los asuntos generales o coyunturales de la gobernación del país o de la vida internacional”.

Otros datos ratifican estas mismas conclusiones. Así, el 31 de mayo de 1910, Melchor Almagro Sanmartín leía en el Ateneo su ensayo titulado *El nuevo liberalismo*, publicado después con prólogo de Canalejas. Pues bien, Almagro, tanto en la revisión de las fuentes como en su defensa de un liberalismo renovado, únicamente citaba a dos autores españoles, al propio Canalejas y al joven Ortega y Gasset. En concreto, Melchor Almagro aludía a uno de los artículos de Ortega en *Faro* —donde el joven intelectual había empezado a publicar en 1908— y consideraba al autor como “clarividente” en lo que a la definición del nuevo liberalismo se refería.

Victoriano García Martí recordaba, por su parte, que la impronta de Ortega había irrumpido con excepcional fuerza en el Ateneo de Madrid. Decía (García Martí, 1948: 246) que la línea educadora de los del 98 “la siguió, mejorándola en alto grado, la figura intelectual de don José Ortega y Gasset [...]”. También destacaba a Ortega como gran orador tras el decaimiento de la oratoria florida y recargada de raigambre decimonónica: “El orador que llegó a llenar en los medios intelectuales todas las exigencias de la nueva sensibilidad, fue la alta figura intelectual de D. José Ortega y Gasset” (García Martí, 1948: 232).

LOS NUEVOS INTELLECTUALES: EL OLVIDO DE COSTA

Con todo, la percepción que Ortega y Gasset mantuvo de Costa parece, sin duda, decisiva en el progresivo arrumbamiento del legado intelectual de don Joaquín, cuando menos en los medios intelectuales burgueses y liberales en los que oficiaba el filósofo madrileño: “La huella de Costa en Ortega es indiscutible” —escribió Pérez de la Dehesa (1992: 13)—, pero particularmente —hemos de añadir— muy en el inicio de su andadura intelectual, porque Ortega modificó tempranamente su interpretación de la obra costiana. En marzo de 1910, Ortega atribuía a don Joaquín el haber unido de modo indisociable los términos *regeneración* y *uropeización*:

Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra voluntad, a la vez que en él aprendíamos estilo político, la sensibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepemos en algunos puntos esenciales de su manera de entender el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día en que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señora su testa enorme, ancha, cuadrada como un *castiello*. (Ortega, 1987: 1, 521)

Alberto Gil Novales (1993: 199-200), que ha revisado en varios momentos la evolución de las opiniones de Ortega acerca de Costa, apreciaba que si en 1909 decía Ortega que el autor de Monzón era “el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo” (“Asamblea para el Progreso de las Ciencias”, *El Imparcial*, 27 de julio de 1908, *OC*, 1987: 1, 99), y aseguraba que había que retomar el lema de la “europeización” aunque solo fuera porque Costa lo había enarbolado como suyo, ya en marzo de 1911, semanas después de morir el autor aragonés, lo situaba entre los historicistas, es decir, los “románticos”, que no habían acertado a “mirar las cosas en una perspectiva de historia universal”, interesados únicamente por lo particular y consuetudinario (“Observaciones”, *El Imparcial*, 25 de marzo de 1911, *OC*, 1987: 1, 164-169). Participaba aquí Ortega en una polémica que el profesor aragonés Julio Cejador había iniciado en *Heraldo de Aragón* (10 de marzo de 1911) a propósito de Costa y en pugna expresa con Maeztu. Ortega señalaba en su respuesta que algunas de las piedras lanzadas por Cejador habían caído en su tejado por lo que se disponía a aclarar algunos términos. Con todo, redactaba un artículo de notable interés en que asoma ya el problema de la relación entre masas y minorías que más tarde tantas páginas le ocuparían. Ortega sostenía ahora que los términos *reconstitución* y *uropeización* que había unido Costa eran en buena parte contradictorios tal y como los había utilizado el recientemente fallecido. A su juicio, “reconstitución” significaba para Costa que el pueblo recuperase su ser, su modo de estar en el mundo, las señas de identidad que le habían usurpado los sectores dirigentes. Y tal recuperación —continuaba Ortega— poco tenía que ver con la europeización que reclamaba Costa y que él mismo calificaba como la “solución” a la tan manida consideración de España como “problema”. El diagnóstico de Costa ante la decadencia española tenía, por lo tanto, un carácter puramente interno, no trascendía más allá de las fronteras patrias:

Siempre que releo aquel programa —escribía Ortega (1987: 1, 169)—, me parece Costa el símbolo del pensador romántico, una profética fisonomía que unguada de fervor histórico místico conjura sobre la ancha tierra patria el *espíritu popular*, el *Volkgeist* que pensaron Schelling y Hegel, el alma de la raza

sumida en un sopor, cuatro veces centenario. Y claro está, no acudió, porque el espíritu popular no existe más que en los libros de filosofía superada, supuesto que fuera alguna vez bien entendido.

Sin duda, esta visión de Ortega sobre Costa gozó de notable resonancia, a pesar de la discrepancia de Giner de los Ríos, quien —según ha recordado Gil Novales (1993: 199-200)— rebatió a Ortega la interpretación en carta personal que fue publicada tiempo después en *Revista de Occidente*. En otro momento, en junio de 1911, iniciaba Ortega unas consideraciones acerca del problema de Marruecos, diciendo que no hacía “sino prolongar un tema que siempre fue vivo en las predicaciones de Costa, cuyo programa —continuaba el filósofo— quisiéramos seguir defendiendo unos cuantos en toda su integridad material, bien que modificando su disposición y cambiando los acentos”. A continuación se refería a Costa como “el fenecido maestro”, pero señalaba que sus expectativas en relación con Marruecos resultaban “anacrónicas y arcaizantes” en el momento en que las había formulado (“Una descripción de la política internacional”, *El Imparcial*, 14 de junio de 1911, *OC*, 1987: I, 181).

Por su parte, Ramiro de Maeztu, muy próximo a Ortega en aquellos años, dictaba una conferencia en el Ateneo de Madrid en 1910 (Pérez de la Dehesa, 1966: 203-204) titulada “La revolución y los intelectuales”, donde —según Pérez de la Dehesa, *ibidem*— aludía en varias ocasiones a la Información del Ateneo de nueve años antes y sostenía que lo característico de España no era tanto el contar con oligarquías sino que estas fueran particularmente estériles y agotadas. Tampoco pensaba —a diferencia de Costa— que la oligarquía fuera nociva en sí misma ni que el pueblo constituyera una especie de aristocracia natural.

Por las mismas fechas, en los ensayos recopilados en su libro *Debemos a Costa* (1911: 17), Maeztu destacaba del testamento político de Costa las ideas de “despensa y escuela”, la necesidad de europeizarse —refrendando esta convicción con la autoridad de Ortega— y pensaba que tras el Desastre había sido importante “que un intelectual saliese de sus libros para hablarle [al pueblo] de la escuela y la despensa. Esta es la obra de Costa, la de sus estudios y la de su agitación”. Sin embargo, discrepaba de don Joaquín en los procedimientos educadores de la masa. Decía Maeztu que no se trataba tanto de que los intelectuales se acercaran al pueblo como de que este fuera capaz de entender a los intelectuales, dentro de una orientación, pues, semejante a la de Ortega.

En la primavera de 1914, en el Teatro de la Comedia de Madrid, Ortega disertaba sobre “Vieja y nueva política”: “Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra”. La conferencia —como refería Tuñón de Lara, 1982: 217— pretendía ser la presentación en sociedad de la Liga de Educación Política, cuyo manifiesto fundacional databa de octubre del año anterior y había sido firmado por Ortega, Azaña, Gabriel Gancedo, García Morante o Fernando de los Ríos, entre otros. A juicio de Tuñón de Lara (1982: 237), “[I]a «España germinal», que propone Ortega, es la de unas élites que han de reemplazar en el poder (tomada esta palabra en su más amplia acepción) a otras ya caducas, convertidas en oligárquicas, por su divorcio con los intereses y fines de la comunidad nacional [...]. Su drama será que una fracción de esa clase se integrará a través de múltiples lazos en las élites que ya están en la cúspide del poder; la otra fracción no será suficientemente vigorosa. Y Ortega, toda su vida, seguirá siendo el portavoz de una fuerza social que debió ser y no fue”.

Con ello, nos parece francamente acertado el diagnóstico de Alfonso Ortí (1984: 175-195) cuando sostenía que en torno a la Primera Guerra Mundial, la inteligencia liberal española se desentendió de los postulados costianos y arrinconó la obra de Costa como vestigio del pasado, es decir, como muestra de un pensamiento neorromántico caduco e incapacitado para analizar el presente. En el fondo —piensa Ortí—, estos autores trataban de dar carpetazo a la defensa decidida de Costa de las reivindicaciones populares y defendían de manera clara a los sectores burgueses y urbanos a los que representaban. Los acontecimientos bélicos, la Revolución rusa, el ascenso social del proletariado provocan que los intelectuales liberales refuercen la defensa del capitalismo y de la burguesía y en este cometido la obra de Costa se tilda de “anacrónica”, decimonónica y se entiende que no aporta respuestas de calado a la nueva situación. En este proceso, Ortega o el propio Azaña desempeñaron una labor de relevancia que continuaron más tarde otros.

También Manuel Azaña situaba a Costa en 1923 como parte del pasado (Juliá, 2011). El propio título de su ensayo, “¡Todavía el 98!”, donde dedica un epígrafe a Joaquín Costa, “El cirujano de hierro, según Costa”, indica que el autor pretende situarse ya en otro momento (Azaña, 1930: 259): “Mientras España vivió de las resultas de sus guerras coloniales, la fraseología política se impregnaba de costismo. Otros son los problemas de nuestra edad, que vive de las resultas de la gran guerra, y nos descubre una conexión increíble con el resto del mundo [...]”. Azaña ve a Costa como un moralista, aprecia su poderoso y sugerente discurso, su riquísima imaginación para dirigirse al pueblo, su indudable intuición para el análisis de la situación política, pero lo considera “pesimista radical” y receloso de la democracia.

En aquella coyuntura, Azaña trataba de superar la desconfianza de las élites liberales hacia el pueblo. Tras la Revolución rusa, las jornadas revolucionarias del verano de 1917 en España y el denominado *trienio bolchevique*, el futuro presidente de la II República defiende con firmeza el valor del término *democracia*, y desde luego no reconocía a Costa como precedente en este cometido. Concluida la Dictadura de Primo de Rivera y ya como presidente del Ateneo, Azaña pronunció su discurso “Tres generaciones del Ateneo”, donde se declaraba heredero de los hombres del 98 sin mencionar en ningún momento a Joaquín Costa.

Curiosamente, la Dictadura de Primo de Rivera, que intervino y amordazó al Ateneo, supuso un cierto renacer popular de don Joaquín Costa; sin embargo, como bien puso de manifiesto Eloy Fernández Clemente, se trató en el fondo de “retórica” y de “pseudocostismo”, es decir, de un barniz con el que Primo de Rivera y sus partidarios pretendieron en ocasiones justificar sin ninguna convicción su propia tarea política. Decía Fernández Clemente (1984: 143) que la Dictadura asumió, especialmente en su tramo final, “las fórmulas retóricas de Costa, para hacerlas servir con frecuencia en un sentido inverso o, al menos, altamente desvirtuado, en apoyo de las fuerzas oligárquicas en el poder”.

En el primer aniversario de la muerte de Costa en periodo republicano, el Ateneo de Madrid preparó un importante evento que mereció amplio espacio en portada y contraportada de *El Sol* (9 de febrero de 1932). Entonces presidía el Ateneo Manuel Azaña, y en la conmemoración se anunciaban las intervenciones de Luis Bello, Fernando de los Ríos y Unamuno, si bien *El Sol* transcribía solo y de manera literal la aportación de este último, colaborador por aquel entonces del diario.

Decía Unamuno —en un extenso discurso poco conocido— que ya se había convertido en símbolo, en mito casi, aquella persona que él había tratado, de manera que Joaquín Costa había perdido sus rasgos históricos. Evocaba con respeto a don Joaquín trabajando en la biblioteca del Ateneo y señalaba que aquella imagen le inspiraba aún una profunda admiración, más en un país donde investigar resultaba tan complicado, un trabajo de solitarios en riesgo a menudo de descubrir mediterráneos. Señalaba Unamuno que a veces él mismo le advertía: “—Don Joaquín si eso ya está investigado”. Pero Costa —decía don Miguel— trataba de llegar a las fuentes, al origen de los problemas. Destacaba también el amor de Costa a su país, señalaba que la enfermedad le había condicionado en la expresión de sus afectos, de modo que lloraba con frecuencia en sus últimos años. También subrayaba que no había considerado el problema religioso, algo tan relevante para él, como bien se sabe. El rector de Salamanca tildaba a Costa de tradicionalista, de “carlista”, en el sentido de que era partidario de todo lo popular, incluso de lo agrario y rural, y en este punto discrepaba de la opinión de su admirado estudioso por considerar que ello suponía una vuelta al pasado. En definitiva, y a diferencia de la visión del personaje que hemos percibido en Ortega o Azaña, Unamuno se identificaba en lo básico con la figura de Costa, como fruto importante de su propio tiempo y advertía que aquellos hombres del 98 habían hecho posible lo que sucedía entonces, es decir, la República, si bien en el caso de Costa percibía un tono general de identificación con lo popular y rural propio de épocas pasadas, es decir, un talante escasamente acorde con los nuevos tiempos.

Tras la guerra, y como bien se sabe, el Ateneo fue intervenido de nuevo hasta el punto de que fue despojado de su nombre hasta 1946. En 1968, Antonio Iglesias Laguna hablaba de “diez generaciones de escritores en el Ateneo de Madrid”, de acuerdo todavía con la clasificación generacional que había defendido Ortega antes de la guerra. Según la ortodoxia de la teoría de las generaciones, Iglesias Laguna atribuía a cada promoción un periodo de máxima vigencia de quince años y cubría así los ciento cincuenta de vida del Ateneo desde 1835. Entre los numerosos nombres que manejaba el autor solo en una ocasión aparece el de Costa y en circunstancias sorprendentes: “El ejemplo de José Antonio, fiel a Joaquín Costa, es sintomático: José Antonio venía al Ateneo exclusivamente a estudiar”. Se ha de entender que la “fidelidad” del fundador de Falange a Joaquín Costa empezaba y acababa en eso, porque en sus escritos políticos no aparece ni una sola vez —si el índice onomástico no falla— el nombre de Costa.

No obstante, el “Costa autoritario” —en expresión de Pérez de la Dehesa (1966: 214)— sí había sido tempranamente reivindicado por falangistas y jonsistas. Giménez Caballero lo consideraba ya en 1931, en *La conquista del Estado*, un “profeta”: no obstante, más tarde distinguiría dos Costas bien diferentes, uno objeto de homenaje por parte de Miguel Primo de Rivera y otro por parte de la República.

A partir de los años sesenta se inicia propiamente, como decíamos, el proceso de recuperación y de estudio riguroso de la obra de don Joaquín, en torno al cincuentenario de su muerte.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Del proyecto político e ideológico de Costa, que se ha tildado con toda propiedad de “populismo”, de “regeneracionismo” o también de “costismo”, hay que destacar, en mi opinión, dos aspectos particularmente relevantes y que condicionaron de manera decisiva la suerte del pensamiento costiano en los círculos de la inteligencia liberal española de los años inmediatamente posteriores a la muerte de Costa.

- 1) El sustrato romántico que subyace en la visión que manejaba Costa de la Historia, de modo que el individuo más que las colectividades era para él el sujeto histórico decisivo, lo que supuso, entre otras cosas, que hablara en muchas ocasiones desde una atalaya moral más que propiamente política.
- 2) Su condición de intelectual próximo a la burguesía liberal e institucionista, pero de extracción social muy diferente: el pequeño campesinado altoaragonés.

Desde una idea todavía romántica de la vida se ha de entender, por ejemplo, la solicitud por parte de Costa de “hombres excepcionales”, de “escultores de pueblos” o del controvertido “cirujano de hierro”. En el periodo finisecular y, sobre todo, tras la guerra de Cuba son muchas las voces que invocan la necesidad de “hombres providenciales” desde un sustrato teórico proporcionado por el romanticismo histórico, la teoría de los “grandes hombres” de Carlyle (1841) y de Emerson (1850). Como bien se sabe, ya en 1895 Costa había promovido una información en el Ateneo de Madrid, con poca repercusión ciertamente, sobre la *Tutela de pueblos en la historia*, en la que participaron también Rafael Altamira y Eduardo Hinojosa. La idea de los grandes hombres no se percibía entonces tanto como una coerción del sistema parlamentario, sino como modo de aproximar las decisiones políticas a los intereses populares, una manera de rectificar precisamente el sistema oligárquico que marginaba al pueblo, y para ello era necesaria una autoridad superior, alguien que mereciera el respeto de buena parte de la sociedad por su talante ejemplar y proceder intachable. Como ha escrito Juan Sauquillo (2003: 368), la idea del “hombre excepcional” fue “una metáfora habitual de la circulación política de las élites en los tiempos de Joaquín Costa” y “una demanda común a las políticas donde se fía la estabilidad del sistema a la virtud ejemplar más que a las leyes”.

Así se entiende que el médico y criminólogo, Rafael Salillas (1906: 166-167), catalogara a Costa como “cirujano de hierro”, “escultor de pueblos”, “Pelayo” que había protagonizado la nueva reconquista de España desde la Cámara Agraria del Alto Aragón, etc., a la vez que sostenía que el “cirujano de hierro” iba a actuar contra las “políticas deformadoras [...], contra la *Oligarquía* y el *caciquismo*”.

Por otra parte, el origen pequeño campesino de Costa, la penuria económica estructural de su familia y del sector al que pertenecía, acompañada con su propia incapacidad para acceder a una situación económica desahogada, determinaron sin duda el sesgo que el autor imprimió a sus propuestas. Se ha señalado hasta la saciedad la fidelidad del personaje a sus orígenes, lo que le llevó a distanciarse teórica e incluso personalmente de los institucionistas y a considerar el “elemento económico” —como él mismo decía— lo primordial “para una vida sana y honrada”, según leemos en el fragmento de una carta de Costa dirigida a Giner de los Ríos que, al parecer, no llegó a enviarse, pero que reproducía Cheyne en estos términos:

Eso —es decir, el hecho, aclaraba Cheyne, de que Giner no hubiese tenido nunca preocupaciones económicas— le ha incapacitado para dar al elemento económico el primer lugar, para ver en él, y no en pedagogías abstractas, ni en la conciencia del deber y demás filosofías de sobremesa, la condición primordial para una vida sana y honrada. (2011: 158)

En este sentido entendía Alfonso Ortí (1996: 631) que Costa “representa el caso excepcional en la España de su tiempo de un intelectual procedente del campesinado, que a pesar de su promoción en el mundo de la burguesía urbana (abogado, oficial letrado, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, notario...) no solo no se desarraiga de sus orígenes campesinos, sino que toda su obra puede ser interpretada [...] desde el punto de vista de una defensa de las necesidades y del destino del pequeño campesino”. Y en esta misma orientación insistía Alberto Gil Novales:

Costa llegará a ser doctor y académico de fama. Pero nunca romperá en su fuero interno con los hombres de sus orígenes. El sufrimiento de ellos será su propio sufrimiento. De aquí el humanismo profundo casi sagrado que se desprende de este hombre, pues se deriva más que de las letras, aunque también, de un sentimiento de solidaridad con nuestros semejantes. (2003: 17-18)

Estos dos aspectos, la percepción romántica de su propia misión social y la fidelidad al pequeño campesinado de origen, determinaron a mi juicio, no solo la orientación de la obra de Costa, sino también su percepción posterior. Así, estos dos asuntos condicionaron de manera decisiva tanto la escasa presencia del costismo en el Ateneo de Madrid como su temprano arrumbamiento por parte de la inteligencia liberal española, que no supo —o no quiso— distinguir entre el tono decimonónico de los escritos de Costa —la relevancia de los hombres frente a las ideas en la tarea transformadora de la sociedad, el patetismo de sus quejas, la grandilocuencia de la formulación de sus propuestas, la exaltación un tanto mitificada de lo popular— y las ideas sustancialmente renovadoras que corrían entre sus páginas —la importancia del “elemento económico” en la dignificación de un país, el injustificable abandono intelectual de la mayor parte de la sociedad en que había incurrido tradicionalmente la política oficial, la falta de una amplia base social (las clases medias, diríamos más tarde) capaz de seguir el proceso de modernización propugnado desde las minorías cultivadas—.

En suma, como apuntaban Gómez Orfanel y Sauquillo (2003: 27): “El plan material de Costa no encaja con ningún idealismo krausista o filosófico, literario y trágico del 98. Hay que regenerar el edificio desde sus ruinas con una geopolítica a lo Montesquieu, que pasa por la reforma del campo y sus aguas”.

Por otra parte, en los mismos años en que Ortega, Maeztu, Unamuno o Azaña percibían en Joaquín Costa un personaje de gran mérito, aunque propio del pasado, otros autores —Joaquín Maurín, Ramón Acín, Felipe Alaiz, Ángel Samblancat—, que se desenvolvían en ámbitos ideológicos distintos (anarquismo, republicanism) y que procedían de entornos rurales o cuasi rurales, reconocían a Costa como una referencia ideológica inexcusable, una autoridad intelectual de primer orden (Dueñas, 2000). Como puso de manifiesto hace años Tuñón de Lara (1982), durante el periodo previo a la Guerra Civil de 1936, las opciones políticas progresistas surgieron precisamente del mundo rural, es decir, de la atención al campesinado y de la necesidad de

proponer modos de redención social para un sector tradicionalmente olvidado por la política oficial española, como bien había puesto de relieve Costa. Además, antes de la irrupción masiva de textos marxistas en España a finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo xx la exaltación o incluso mitificación del pueblo y de lo popular —en un modo no muy distinto al que había propiciado Costa— constituyó uno de los resortes ideológicos más firmes de las opciones de izquierda en España.

En definitiva, si se entiende la producción costiana como la obra ingente pero cohesionada de un reformador social que adopta la perspectiva del pueblo y en particular del pequeño campesino, de modo que sus aportaciones de carácter agrario constituyen el núcleo de toda su obra (Gómez Benito, 2011a y b), estaremos en condiciones de entender de modo cabal el empeño intelectual de Costa y de apreciar mejor el grado en que fracasaron o calaron sus propuestas así como muchas de las razones de estos fracasos o logros. Además, nos situaremos en mejor disposición para analizar a qué se debió en los sucesivos periodos históricos el rechazo o aprobación de las ideas de Costa, porque no le faltan argumentos a Alfonso Ortí (2011: 52) para afirmar que “«costismo» y «anticostismo» constituyen auténticas constantes ideológicas del proceso ideológico nacional”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Azaña, Manuel (1913), *Memoria leída en el Ateneo de Madrid*, el 11 de noviembre de 1913 con motivo de la inauguración del curso académico, Madrid, Imp. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos.
- (1930 [1923]), “¡Todavía el 98!”, *Plumas y palabras*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, pp. 251-273.
- (1966 [1930]), “Tres generaciones en el Ateneo”, discurso leído el 20 de noviembre de 1930, *Obras Completas*, México, Oasis, pp. 620-638.
- Cheyne, George J. G (2011 [1972]), *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel.
- Costa, Joaquín (2011), *Memorias*, edición de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza, PUZ; Huesca, IEA; Teruel, IET.
- Dueñas Lorente, José D. (2000), *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de «Talión»*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses / IEA.
- Fernández Clemente, Eloy (1984), “Retórica regeneracionista y pseudocostismo en la Dictadura de Primo de Rivera”, en AA. VV., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA, pp. 139-173.
- Forcadell Álvarez, Carlos (2011), “De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa”, en Cristóbal Gómez Benito (coord.), *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, pp. 281-308.
- García Martí, Victoriano (1948), *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, Dossat.
- Gil Novales, Alberto (1982), “Introducción” a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Zaragoza, Guara, I, pp. 13-32.
- (1993), “Joaquín Costa y su herencia política”, *Cuadernos del Centro de Estudios de la Historia de Monzón*, 20, pp. 197-209.
- (2003), “Joaquín Costa y Martínez (1846-1911)”, en Secciones de Ciencias Históricas y Ciencias Sociales del Ateneo de Madrid, *1901-2001. Centenario de la Información del Ateneo de Madrid sobre Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Ateneo de Madrid / Editorial Fundamentos, pp. 17-20.

- Gómez Benito, Cristóbal (2011a), “El programa de reforma social de Joaquín Costa”, en Cristóbal Gómez Benito (coord.), *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, pp. 309-370.
- Gómez Benito, Cristóbal (2011b), “Las reformas económicas y sociales de Joaquín Costa”, en Eloy Fernández Clemente (coord.), *Cuatro miradas sobre Costa*, Zaragoza, Real Sociedad Económica de Amigos del País, pp. 9-43.
- Gómez Benito, Cristóbal, y Alfonso Ortí (1992), *La Fundación de la Cámara Agraria del Alto Aragón en el proyecto de desarrollo agrario nacional de Joaquín Costa*, Huesca, Fundación Joaquín Costa / Cámara Agraria Provincial del Alto Aragón.
- Gómez Orfanel, Germán, y Julián Sauquillo González (2003), “El Ateneo de Joaquín Costa”, en Secciones de Ciencias Históricas y Ciencias Sociales del Ateneo de Madrid, *1901-2001. Centenario de la Información del Ateneo de Madrid sobre Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Ateneo de Madrid / Editorial Fundamentos, pp. 25-28.
- Iglesias Laguna, Antonio (1968), “Diez generaciones de escritores en el Ateneo de Madrid”, en Antonio Iglesias Laguna (coord.), *Ateneo de Madrid. Memoria 1962-1967*, Madrid, Dirección General de Cultura Popular / Ministerio de Información y Turismo, pp. 33-51.
- Juliá, Santos (2011), “Dos debates sobre la herencia de Costa”, en Cristóbal Gómez Benito (coord.), *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, pp. 173-198.
- Maeztu, Ramiro de (1911), *Debemos a Costa*, Zaragoza, Tipografía de Emilio Casañal.
- Ortega y Gasset, José (1987 [1910]), “La pedagogía social como programa político”, *Obras completas*, Madrid, Alianza, I, pp. 503-521.
- Ortí, Alfonso (1984), “La *intelligentsia* liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas”, en AA. VV., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA, pp. 175-195.
- (1996), “Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa”, *Agricultura y Sociedad*, 32 (julio-septiembre de 1984), pp. 11-107; recogido en Alfonso Ortí, *En torno a Costa*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 619-631.
- (2011), “Oligarquía y patrimonialismo: la dominación caciquil como nudo gordiano del desarrollo nacional”, en Cristóbal Gómez Benito (coord.), *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, pp. 45-76.
- Pérez de la Dehesa, Rafael (1966), *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
- (1992 [1967]), “Prólogo” a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Alianza, pp. 7-14.
- Primo de Rivera, José Antonio (1964), *Textos de doctrina política*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de FET y de las JONS.
- Salillas, Rafael (1906), “Joaquín Costa”, *Ateneo*, I, pp. 163-174.
- Sauquillo, J. (2003), “El «hombre excepcional»: una metáfora habitual de la circulación política de las élites en los tiempos de Costa”, en Secciones de Ciencias Históricas y Ciencias Sociales del Ateneo de Madrid, *1901-2001. Centenario de la Información del Ateneo de Madrid sobre Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Ateneo de Madrid / Editorial Fundamentos, pp. 355-399.
- Tuñón de Lara, Manuel (1982 [1970]), *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*, Barcelona, Bruguera.
- Unamuno, Miguel de (1959), “La evolución del Ateneo de Madrid”, *Mi vida y otros recuerdos personales*, Buenos Aires, Losada, pp. 183-190.
- Valentí Camp, Santiago [1922], “Costa”, *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Barcelona, Minerva, pp. 133-152.
- Villacorta Baños, Francisco (1985), *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC / Centro de Estudios Históricos.